

— Le habrá dado el vómito, decía el otro.

Fué preciso que un picador le levantara en vilo y le frotara las piernas con ron alcanforado. Y volvió á empezar la *corrida*.

— ¡Á la muerte! Pero no había modo. Aquello no eran estocadas, sino machetazos; le dejaron la tripa como si le hubieran hecho la operación cesárea, y le remataron *al fin* de una estocada que le entró por la boca y le salió por debajo del rabo. Parecía un *lechón* puesto en el asador.

Cuando volví al café Tacón, todo el mundo decía: « ¡Qué gran *corrida*!... ¡Pero qué toros!... Pero qué toreros!... »

Y yo:

— ¡¡¡*Ca, hombre, ca!!!*

## EL CONDE DE LA PENDEJADA

Á las diez de la mañana llegué yo á Majagua, caballero en el jumento de un vecino, y á las doce estaban enterados de mi llegada todos los habitantes de la villa. El dueño del hotel me dió la mejor habitación, me hizo unas cuantas cortesías y me cobró luego á razón de diez duros diarios, nada más. Yo *resultaba* de incógnito en Majagua, puesto que se me daban honores de príncipe.

— ¿Sabe usted, quién está *ahí*? se decía. ¡*Aramis!*

¡Yo en Majagua! Realmente, era un suceso... para los vecinos de Majagua, al menos.

— ¡Pero, hombre, yo me le había figurado á usted de otra manera!

— Me imaginaba usted echando fuego por los ojos y silbando como serpiente de cascabel...

— Precisamente *eso*, no. Pero, en fin, yo creía

que era usted un señor de edad, grueso y alto, muy alto...

¡Á esa altura había llegado mi fama en Majagua!

Sí, Majagua estaba revuelta, y yo, la verdad, me ruborizaba « como mono ». « ¡Pero qué personaje estoy hecho en Majagua! » pensaba luego; y me reía un poco de mí en compañía de Durante.

No era ni con mucho mi personalidad, ni tampoco las batallas que diera *El Español*, lo que tenía asombrados á aquellos vecinos de Majagua, honrados y sencillos vecinos; era, sin más, la historia del periódico, historia que iba saliendo...

— Calle usted, hombre, calle usted, decía un tertuliano de la botica. ¡Si le han hecho á *El Español* cada infamia!... Figúrese usted que á los comienzos de la publicación llegaban miles de ejemplares enviados *gratuitamente* para que los hiciera circular el Casino Español de la Habana. Y ¿qué cree usted que hizo el Casino? Pues se suscribió á un ejemplar y devolvió á Madrid todos los demás correspondientes á seis ó siete números; casi nada, un cargamento de periódicos por cuyo porte pagó *Aramis* veinte y tantos duros. Aun así y todo, parece ser que el tal Casino discutíó hace días — cuando le fué presentado el re-

cibo, que no ha satisfecho, de la suscripción al periódico, desde que se fundó éste — si debía ó no pagar; y, según dicen, *Aramis* dió orden á su agente de que renunciase al cobro, « ¡porque esa discusión deshonoraba á España! »

— Pero, ¡qué indecencia de Casino!

— Espérese usted un poco... Si empiezo á contarle, no concluyo en un mes. Al Casino Español de Matanzas, como á todos los demás de la isla, llegaba el periódico *El Español*, y llegaba á título de *dáviva*. Pues va ese Casino y remite un volante á Madrid, diciendo que, « por razones de economía », no podía seguir *suscrito* al periódico (que se servía *gratuitamente*).

— Eso ya no me extraña tanto, porque ya sabe usted que en Matanzas se pasan de avaros y de brutos.

— ¡Si le digo á usted que éste es el cuento de nunca acabar! Diga usted, compadre, que quiero yo guardarme algunas cosas gordas, pero muy gordas, porque me da vergüenza el contarlas, y además pudiera oírlas el vecino, que es autonomista, y no quiero darle por la vena del gusto.

— Lo inverosímil es que *El Español* estuviera tanto tiempo sin chistar cuando todos le creíamos *sostenido* y *protegido* por el partido, y que mientras le ocurrían tales cosas en las Antillas, riñera

en Madrid aquellas tremendas batallas con *La Revista* y *La Tribuna* y aceptara duelos exponiendo la pelleja por esos señores bestias de Matanzas, Habana y demás.

— Quite usted allá. Eso no lo ha hecho por ellos; eso lo ha hecho por España, que es muy distinto hacer.

Yo trinaba. ¡De qué modo habían llegado á Majagua tales lástimas!

Cuando conté estas ocurrencias á Durante, mi amigo soltó el trapo á reír.

— ¡Si lo he contado yo *urbi et orbe!* me dijo.

— ¡Pero, hombre, no sea usted tipo! ¿Quién le manda á usted divulgar los secretos de la casa?

— Que soy de la montaña de Santander, y, en cuanto montañés, más claro que los chorros, y quiero que sepa Majagua que esos señores han sido para con usted unos ingratos.

Diablo de Durante; la verdad, me puse furioso.

— Todo se arreglará, me dijo seriamente un tertuliano. Pero hace falta que vea usted al jefe del partido, al señor conde de la Pendejada.

El boticario me llamó aparte y me contó á grandes rasgos la historia del conde. El pobre era un animal, pero con mucha gramática parda y con mucho *pesqui*, á merced del cual estableció unas tartanas que llevaban y traían viajeros de

Majagua á Río Revuelto y *vice versa*. Estas tartanas fueron la base de su fortuna; luego se casó con una mujer rica y... siguió comerciando y fué subiendo como la espuma.

Le hicieron jefe de partido y él se hizo aristócrata... *pour rire*; porque la mayor de las groserías, ha dicho un insigne escritor, es la improvisación de la fortuna y poner las manos sucias, mojadas aún con el agua de un fregadero, en los emblemas de la nobleza, perteneciente por natural derecho á las personas bien nacidas.

— El partido está muy descontento de su jefe; pero, ¿quién le reemplaza? me dijo el bueno del boticario, ¿quién le reemplaza?...

Al día siguiente me puse de tiros largos. Naturalmente, ¡iba á ver al conde de la Pendejada!

Le encontré en mangas de camisa, tirando de un carro del ferrocarril económico que había hecho en su fábrica.

— ¿El conde de la Pendejada?

— Yo soy.

— ¡Ah, es usted!... Pues yo soy *Aramis*... (Momentos de perplejidad.)

— ¿No me conoce usted?

— No; señor.

— ¡Hombre!... Pero usted conoce de fijo á mi periódico: *El Español*...

— ¿Cómo decía usted que se llama?

— ¡*El Español!*

— Pues, le diré á usted... Yo no leo papeles ¡Hay tantos en la localidad! Algunas veces leo el *Diario*, por enterarme de los telegramas.

— Siento mucho que no sepa usted de mi periódico. Hace cinco años que defiende al partido español, y más de una vez ha defendido y elogiado á usted... sin conocerle...

Nos sentamos, es decir, me senté yo, puesto que no me ofrecía asiento aquel bruto.

— Yo, señor conde, le dije, he venido á poner de relieve el verdadero estado de la política antillana en Madrid. Además, he venido á informar á ustedes, los jefes, de lo que pasa con *El Español*. Es verdad, señor conde, que han llamado á mi periódico « heroe », « illustre », « patriota », *etcétera, etcétera*; pero esos bonos de heroicidad (*etcétera*) no corren en los almacenes de papel, ni en la Casa de la Moneda, ni tampoco en la imprenta; pues, si Ginés Hernández es muy amigo mío, no más que lo soy yo de él, no está dispuesto á trabajar de gratis para ustedes. Conque usted, señor conde, dirá...

— Los tiempos están muy malos, y yo no le aconsejo á usted que intente nada, porque se va á llevar chasco. Con la crisis, todos estamos arran-

cados. Veré, sin embargo. Pero están acostumbrados á que yo lo haga todo. Ya verán lo que pierden cuando yo deje el partido. Hay mucha apatía y *sinvergüencería*.

— Señor conde, permítame usted : yo creo todo lo contrario. Ese elemento español que usted moteja es el que da su dinero en tiempos de paz; es el que da su sangre en tiempos de guerra. Para ese elemento, créalo usted, lo primero es la integridad de la patria. Todos están deseosos de hacer. Pero falta quien los dirija. ¡Los españoles de las Antillas son generalmente un ejército de leones mandados por asnos!

(Estupefacción.)

ÉL, *tartamudeando*. — Yo veré... Yo veré... Pero me parece que se llevará usted chasco, y eso es lo que no quisiera yo. Vea usted á *Charlatán*, que es bueno. El partido está cansado de suscripciones. La crisis es terrible. Hay mucha apatía. Por mí, estoy dispuesto. Póngame usted por un número y mándeme el recibo de un mes...

Yo, *levántandome*. — ¡Señor conde de la Pendejada, es usted un bacín!

## ANIVERSARIO DE UN QUÍDAM

(¡13 DE ABRIL!)

« El que á hierro mata, á hierro muere », dijo el fundador de la religión cristiana : por eso el reo ha muerto...

Hay que buscar siempre la paridad entre el delito y la pena.

*Intentaste matar, luego debes morir; ¡justicia divina!*...

Al despertar en la mañana del 13 de abril, un ruido monótono y triste llamó mi atención; creílo producido por la esquila de las burras de leche que, apenas hecho el día, corren presurosas á la casa del tísico para rociar su lisiado pulmón con el medicinal líquido que brota de la ubre. El monótono y lúgubre sonido procedía de la campanilla de un monaguillo...

« Para pedir por el alma del que van á ajusti-

ciar », gritaba como un energúmeno un hombre vestido de negro, con gran cinta verde cruzada por el pecho. Ese hombre es precursor del verdugo; es más verdugo aún que el ejecutor de la justicia : éste mata en un segundo, aquél durante veinticuatro horas; el uno mata con el garrote en nombre de la ley, el otro con la oración en nombre de Dios. La sociedad escarnece al verdugo que mata con la mano, y respeta al verdugo que mata con el pensamiento.

Hombres y mujeres, los más con semblante indiferente, se asomaban muy de mañana á los portales de sus casas y arrojaban en el platillo una moneda de cobre. Daban dos cuartos, reservando otros dos para ver reflejada en *La Correspondencia* la última mueca del reo.

¡Qué mañana tan brumosa y fría! No la olvidaré nunca : bien así como se oscurece el alma y lloran los ojos al pensar en la muerte, oscurecíase la naturaleza y lloraba el cielo el 13 de abril; diríase que la primavera abortaba un feto asqueroso y yerto.

Algunas desarrapadas mujeres voceaban : « ¡La salve que cantan los presos al reo *que hay* que ajusticiar! » Furias malditas, que comerciaban con los despojos de la víctima antes de morir...

¿Quiénes son esos hombres que gritan : « ¡Eh,

al Campo de Guardias! ¡Dos reales, al patíbulo!» como si se tratara de ir á la Plaza de Toros? ¿Qué público es ese que invade las calles y corre presuroso hacia el final de la de Fuencarral? ¿Qué significan esos puestos de buñuelos y aguardiente al lado mismo del patíbulo? ¿Quiénes son esos atildados caballeros que se dirigen al sitio del suplicio, y quiénes esas elegantes damas que abandonan á deshora el mullido lecho y van en carretela á contemplar el cadavérico rostro de un muerto galvanizado? ¿Qué fiesta se celebra?

La muerte de un hombre.

La desgracia le persiguió desde la cuna : primero la miseria, luego la miseria, y siempre el fantasma del hambre pidiendo pan á una imaginación exaltada y á una inteligencia sin cultivo.

Sin hogar, sin mesa, sin lecho, sin una mano que estrechara la suya y sin un corazón que latiera por él, tenía, como Marat, furios de hiena. La furia del hambre, del frío, del sueño le acababa de continuo en su sotabanco, menos lóbrego que su calabozo de ahora.

No había hecho nada en el mundo : quiso hacer algo, y cometió un crimen.

El público espectador ansiaba el cumplimiento de la justicia. Pero de aquel público formaban

parte muchos hombres que, si no matan con el puñal, matan con la lengua ó con la pluma : asesinos de pueblos encadenados á la frivolidad del capricho ; ladrones que no roban en la plaza pública, instigados por esa bestia — ¡el hambre! — que lleva al hombre consigo, pero á mansalva defraudan la patria para vivir en deleitosa holganza ; hombres criminales de pensamiento ; mujeres infames que no sacan diariamente el honor á pública subasta, ni otorgan de mal grado hechizos y encantos, á trueque de seguir luchando por la existencia, pero amparadas por una sociedad que respeta y aplaude el crimen encubierto, dejan los jirones del honor en la alcoba de sus casas y se presentan en público ataviadas con el armiño de la mujer honrada. Pero aquel público, en fin, era de hombres con todas sus pasiones y miserias, y, para tener derecho á saborear la justicia, era de rigor que cumplierse antes el deber de hacérsela á sí mismo...

Ha muerto el *quidam*... ¡Ya cayó sobre su recuerdo la primera escarcha del olvido! Vive y vivirá en la memoria de los que no creen que se ataja el daño con el daño y lloran la muerte de un semejante ; espíritus ilusos que viven en quimérico mundo, sin recordar que la humanidad está de fiesta y de uniforme, y come buñuelos,

y bebe aguardiente, y ríe y goza cuando se ahorca á un hombre.

¿Quién se acuerda del doble crimen? La Puercadel Sol sigue en el mismo sitio... vamos á los toros y comemos cocido. Riamos, pues, aunque nos duela el corazón. ¡El corazón! ¡Un pingajo rojo con agujeros de esponja, por donde circula la estupidez!

¡Riamos!

## CONSUELO EN PARÍS

— *¿Pur qui pregunté bu?... decía Consuelo á tiempo que un camarero del hotel Central le presentaba un aderezo y... la cuenta correspondiente.*

Luego, abriendo mucho sus ojos garzos, se encará con el mozo, y le dijo sin pestañear:

— *Bueno: pagué bu pur muá, y ye bu pagaré después.*

Y se quedó tan tranquila y... tan francesa.

\*  
\*  
\*

Consuelo es una fugitiva del cielo audaluz.

Estuvo en Madrid poco tiempo, secuestrada por su *hombre*, y cuando éste la puso en libertad, esto es, en la puerta de la calle, Consuelo se desterró voluntariamente de España.

— Lo que es yo, dice, ni pa Dios vuelvo á Madrid sin los moños que tenía.

Y empieza á sacar papeletas. Total : diez y seis mil *riales* de moños... empeñados.

Pero es muy difícil que una Consuelo, con todo de ser tan bonita y tan... tan... haga dinero en París para ponerse moños en ninguna parte.

\*  
\* \*

Lo primero que hizo Consuelo al llegar á la ciudad del Sena fué armar una *bronca* en el *Américain*; y cuando volvió, al día siguiente, después de pasar la noche en la prefectura, y custodiada por un gendarme, le dijo atentamente un mozo que el café estaba *defendido* para ella.

Con tan triste motivo, Consuelo se coló en la *Montaña rusa*, y en seguida hizo descarrilar un carrito del tren. Otra vez á la prefectura con el correspondiente gendarme... y cuando quiso volver á subir á la *Montaña*, le dijo un empleado, con la finura del mundo, que aquel sitio estaba *defendido* para ella.

Y déle usted consejos, para que le conteste :

— Hijo, si tuvieras... vergüenza, me llevarías al *Américain*, y haríamos un Dos de Mayo.

— Pero, mujer. . . ¿cuántas veces tendré que decirte que no soy un Linzka de Castellón, ni he vedido á dárme las de Daoiz y Velarde en París?

Pues si el de los consejos es extranjero (para

Consuelo todos son extranjeros en París, todos... menos los españoles), le suelta esta andanada :

— *Y á bu*, ¿qué le importe á bu?

Eso... y que le entren moscas.

\*  
\* \*

¡Delicioso!

Se levanta con ganas de verde, quiero decir de campo y *juerga*.

— Hoy, *comía* yo caracoles.

— Pídelos. Ahí los tienes en la lista : *escargots*... eso, caracoles.

— ¿Escar... qué? Oye, niño, no seas guasón.

Viene el mozo con una docena de caracoles más limpios que los chorros, pero en seco, y servidos en plato.

— ¡Qué indecencia! exclama Consuelo.

Ella recuerda los caracoles de las Ventas... ¡Aquéllos... aquéllos sí que eran caracoles!... Boquiabiertos, nadando en un mar de salsa amarillenta, y servidos en cazuela... ¿Qué se puede esperar de un país que no come caracoles en cazuela?

\*  
\* \*

La primera vez que tuve el honor de saludar á Consuelo fué en el *Grand Café de la Paix*. La

mujer había pedido un *refresqué*, y, como el mozo no la entendiera, se revolvió en su asiento ni más ni menos que una fiera en la jaula.

— ¿Qué es lo que quiere usted? le pregunté.

— ¡Ah! exclamó ella. ¿Es usted español?

¡Hombre, gracias á Dios que encuentro una persona decente!... Pues quiero, prosiguió Consuelo, un refresco: ¿está usted? y he pedido un *refresqué*. Está bien claro, me parece. ¡Y no lo entienden estos brutos!

— *Garçon, un rafraîchissement pour madame*, dije yo.

Y Consuelo:

— Un refrachis... á ver, ¿cómo ha dicho eso? Pero ¡qué gracia tiene usted!

\*  
\* \*

Del *Grand Café de la Paix* también la echaron ò defendieron otra noche, porque se cantó unas coplas, de pie en una de las mesas.

Á ese paso, le dicen el mejor día que París está defendido para ella, y tendrá que volverse por donde vino... sin moños, no hay que decirlo.

FIN

## ÍNDICE

DEDICATORIA . . . . .	V
PRÓLOGO . . . . .	VII
Necrología . . . . .	1
Don Cholo Picapica . . . . .	7
Al amor del hogar . . . . .	17
¿Qué crimen purgará? . . . . .	30
Nieves . . . . .	34
La huerta . . . . .	44
Los ojos tristes . . . . .	51
Los dos polos . . . . .	55
Incidente parlamentario . . . . .	64
De regreso . . . . .	74
El banco de los difuntos . . . . .	78
Pitusa . . . . .	82
¡Á vivir!... ¡Á vivir!... . . . . .	95
El avispero . . . . .	99
Los inseparables . . . . .	187
El capitalista . . . . .	193
El señor está servido . . . . .	207
Corina . . . . .	213
Nada . . . . .	220
La carne rubia . . . . .	228